# La Mujer y el Pelele

Pierre Louÿs

Ilustraciones de Paul-Émile Bécat

*Traducción de Juan Victorio*

*Prólogo de Luis Alberto de Cuenca*

*Me dices continuamente*
*que te mueres por mi amor:*
*pues muérete y ya veremos*
*si entonces te doy razón.*

# I

# De cómo una palabra escrita en una cáscara de huevo dio lugar a dos esquelas sucesivas

A DIFERENCIA DEL NUESTRO, el carnaval español no se acaba a las ocho de la mañana del miércoles de Ceniza. En la maravillosa alegría de Sevilla, el *memento quia pulvis es* expande solamente durante cuatro días su olor a sepultura; y, llegado el primer domingo de Cuaresma, el carnaval vuelve a resurgir.

Es el Domingo de Piñatas, la Fiesta Mayor. Toda la gente se ha cambiado de vestimenta y se ven desfilar por las calles colgajos rojos, verdes, amarillos o rosas sacados de retales que antes han servido de mosquiteros, de cortinas o de faldas de mujer y que flotan al sol sobre los cuerpecillos morenos de una chillona y multicolor chiquillería. Los niños se agrupan por todas partes en tumultuosos grupos enarbolando un trapo en la punta de una vara y con gran

vocerío invaden las callejuelas con las caras tapadas con un antifaz de aquellas telas por cuyos dos agujeros se escapa la alegría. "¡Eh, que no me conoce!", gritan continuamente, mientras la marea de personas mayores se aparta ante esta terrible invasión enmascarada.

Ventanas y miradores se ven abarrotados por una multitud de cabezas morenas. Todas las jóvenes de la región han venido ese día a Sevilla, mostrando bajo la luz del sol sus cabezas cargadas de rizados cabellos. Los confetis caen como copos de nieve. La sombra de los abanicos tiñe de azul pálido las pequeñas y empolvadas mejillas. Gritos, llamadas y risas zumban y resuenan por las estrechas calles. Ese día de carnaval, los pocos millares de habitantes arman más ruido que los de todo París juntos.

Pero ese 23 de febrero de 1896, domingo de Piñata, André Stévenol veía acercarse el final del carnaval sevillano con un ligero sentimiento de malestar, pues esa semana esencialmente amorosa no le había procurado ninguna nueva aventura.

En otras estancias anteriores en España había aprendido con qué rapidez y franqueza de corazón se forman y se deshacen las relaciones en esta tierra aún primitiva, y el que el azar y la ocasión le estuvieran siendo tan desfavorables lo ponían aún más triste.

Lo más que había conseguido había sido que una jovencita con la que había entablado un combate de serpentinas entre la calle y su ventana, después de hacerle una seña de que le iba a dar una flor, bajara a todo correr, la cual le había correspondido en un acento típicamente andaluz con un *musha grasia, señó*. Pero acto seguido volvió a la ventana. Le había desilusionado tanto, que André terminó poniéndose otra flor en el ojal desterrando a la mujer de su recuerdo, por lo que el día le pareció todavía más triste.

Sonaron las cuatro en veinte relojes. Dejó la calle Sierpes, pasó entre la Giralda y el antiguo Alcázar y siguiendo la calle Rodrigo llegó a Delicias, una especie de Campos Elíseos sombreados a lo largo del inmenso Guadalquivir poblado de barcos.

Allí era donde tenía lugar el carnaval elegante.

En Sevilla, la clase acomodada no es tan rica como para permitirse tres comidas diarias; pero prefiere ese ayuno antes que privarse de ese lujo externo que para ella consiste únicamente en la posesión de un landó y dos magníficos caballos. Esta pequeña ciudad provinciana cuenta con mil quinientas calesas, de configuración a menudo anticuada, pero rejuvenecidas por la belleza de los caballos y, además, ocupadas por figuras de una raza tan noble que nadie pensaría en burlarse del cuadro.

André Stévenol apenas lograba abrirse paso entre la multitud que se apiñaba a ambos lados de la amplia y polvorienta avenida. El griterío de los niños vendedores lo dominaba todo.

Huevos. Era la batalla de los huevos.

*¡Huevo'! ¿Quién quiere huevo'? ¡A do' perra' gorda' la docena!*

En cestos de un mimbre amarillento se amontonaban centenares de cáscaras de huevo; una vez vacías, se rellenaban de confetis con los que formaban ramos recogidos con una débil cinta, y que, como escolares en el recreo, se lanzaban con toda la fuerza sin mayor preferencia contra las caras de los que pasaban en sus lentos coches. De pie en sus asientos, los caballeros y las señoras respondían sobre la compacta muchedumbre mientras se cubrían como podían tras sus abanicos.

Desde el primer momento, André se había llenado los bolsillos de esos inofensivos proyectiles, que no dudó en lanzar con ardor.

Era un auténtico combate, pues los huevos, aunque no causasen heridas, no dejaban de golpear con fuerza al expandir su coloreada nieve. André no dejó de sorprenderse al lanzar los suyos con un impulso superior al estrictamente necesario. Incluso en una ocasión llegó a romper en dos partes un abanico de

frágil carey. ¡Y sobre todo viéndose también desplazado en una melé con un abanico de colores! Pero siguió sin sentir grandes emociones. Los coches pasaban, unos ocupados por mujeres, otros por amantes, otros por familias, o por niños, o por amigos. André contemplaba esa feliz muchedumbre desfilando en medio de un manantial de risas bajo el primer sol de primavera. Fijaba continuamente los ojos en otros ojos admirables. Las jóvenes sevillanas no bajan los párpados, aceptando gustosamente el homenaje de las miradas que ellas retienen durante un buen rato.

Como el juego duraba ya más de una hora, pensó que podía irse ya. Y cuando con una mano vacilante metía en su bolsillo el último huevo que le quedaba, vio aparecer de repente a la joven a la que le había roto el abanico.

Era maravillosa.

Privada del obstáculo que había protegido durante un tiempo su cara risueña expuesta por todas partes a los ataques que le venían de la multitud y de los coches vecinos, había tomado también parte en el combate y, puesta en pie, jadeante, despeinada, sonrosada por el calor y por una tempestuosa alegría, respondía a los ataques.

Aparentaba unos veintidós años, aunque a lo mejor no tenía aún dieciocho. Que era andaluza no

ofrecía la menor duda. Tenía ese tipo admirable entre todos nacido de la mezcla de lo árabe con lo vándalo, de lo semita con lo germánico que reúne excepcionalmente en un pequeño valle de Europa todas las perfecciones complementarias de esas dos razas.

Su flexible y delgado cuerpo era sumamente expresivo. Daba la impresión de que, aun con la cara tapada, se podía adivinar su pensamiento, y que sonreía con las piernas y hablaba con su torso. Sólo las mujeres a las que los largos inviernos del Norte no inmovilizan junto al fuego tienen esa gracia y esa libertad. Su cabello era castaño oscuro, pero a distancia brillaba hasta parecer casi negro recubriendo la nuca con sus espesos rizos. Sus mejillas, de una extremada suavidad de contorno, parecían empolvadas de esa delicada flor que oscurece la piel de los criollos. Y de ese tono era por supuesto el suave borde de sus párpados.

Arrastrado por la multitud hasta el pescante de su coche, la pudo contemplar detenidamente. Sintiéndose lleno de emoción, se le escapó una sonrisa y los rápidos latidos de su corazón le mostraron que esa mujer era de las que tendrían un papel importante en su vida.

Sin pérdida de tiempo, pues continuamente la ola de coches momentáneamente detenida podía reiniciar la marcha, se echó para atrás, cogió del bolsillo

el último huevo que le quedaba, escribió con un lápiz en la cáscara las seis letras de la palabra "quiero" y, esperando el momento en que los ojos de la desconocida se fijaron en los suyos, se lo lanzó suavemente, de abajo hacia arriba, como si fuera una rosa.

La joven lo cogió.

"Quiero" es un curioso verbo que quiere decirlo todo. Es querer, desear, amar; es requerir y es también anhelar y, según el tono con que se diga, expresa la pasión más imperativa o el capricho más ligero. Es una orden o un ruego, una declaración o una condescendencia. A veces, es pura ironía.

La mirada que le dirigió André significaba simplemente: "me gustaría amarla".

Como si la joven hubiese adivinado que esa cáscara encerraba un mensaje, la metió en un bolsito de piel que colgaba del pescante. Sin duda quiso girarse hacia él, pero la oleada del desfile la arrastró rápidamente y, ante tanto coche, André la perdió de vista antes de lograr atravesar la multitud para llegar a ella.

Se arrimó a la acera, liberándose como pudo. Corrió por un atajo…, pero la multitud que cubría la avenida no le permitió llegar a tiempo y, cuando consiguió subirse a un banco desde el que dominaba la situación, la cabecita que buscaba había desaparecido.

Lleno de tristeza, recorrió lentamente las calles. Para él el carnaval se ensombreció de repente. Se disgustó consigo mismo por la hostil fatalidad que acababa de malograr su aventura. Quizás, si hubiese sido más decidido, hubiese podido encontrar un camino entre los coches y la primera fila de espectadores… Y ahora, ¿dónde encontrar a esa mujer? ¿Viviría en Sevilla? Si no fuese así, ¿dónde la encontraría, en Córdoba, en Jerez, en Málaga?

Misión imposible.

Y poco a poco, en una deplorable ilusión, la imagen se le fue haciendo más encantadora. Aunque ciertos detalles de su fisonomía no hubieran merecido más que una atención curiosa, se convirtieron al recordarlos en los principales motivos de su desconsolada ternura. Así, notó que en lugar de dejarse caer enteramente lisas las dos mechas de cabello por la frente, las mostraba más espaciosas con sus dos ondas rizadas. No era una moda muy original, pues muchas sevillanas iban así, pero indudablemente la calidad de su cabello no se prestaba tan bien a la perfección de esos bucles, y André no recordaba haber visto otros que se les pudieran comparar ni de lejos.

Además, las comisuras de sus labios eran de una extrema movilidad. Cambiaban continuamente tanto de forma como de expresión, de repente casi invi-

sibles y al momento casi retraídas, redondeadas o delgadas, pálidas o ensombrecidas, animadas por una llama cambiante. ¡Oh, sí, se podrían poner pegas al resto, asegurar que la nariz no era griega y la barbilla no romana, pero no enrojecer de placer ante esos dos rinconcitos de su boca, eso no era posible!

En eso estaba su pensamiento cuando un "¡cuidado!" gritado con voz ronca le hizo protegerse en una puerta abierta: un coche pasaba al trotecillo por una calle estrecha. Y en ese coche iba una joven que, al ver a André, le lanzó cuidadosamente, también como se lanza una rosa, un huevo que llevaba en la mano.

Afortunadamente, el huevo cayó rodando y no se rompió, pues André, absolutamente asombrado ante el nuevo encuentro, no había hecho ningún gesto para cogerlo al vuelo. Y el coche había girado ya por la siguiente esquina cuando se agachó para cogerlo.

La palabra "quiero" se podía leer aún en la lisa y redondeada cáscara, sólo esa palabra; pero una rúbrica, que parecía grabada con la punta de una aguja, seguía tras la última letra como para responder con la misma palabra.